



EL TESORO DE PERLAS

CUENTO ARABE

Mohamed-Ben-Yusuf era hijo de un rico comerciante que había reunido una cuantiosa fortuna y se daba una vida de príncipe. Todas las comodidades estaban á su alcance; habitaba una preciosa mansión en que los asarifes habían hecho prodigios de ornamentación arabesca. Los muros llenos de primorosas labores; los zócalos de mosaicos de azulejos; los suelos de bruñidos mármoles que en invierno cubrían ricas alfombras persas; los arcos con cortinajes de damasquinas telas; fuentes en el centro de las habitaciones de verano, que comunicaban por abiertas galerías con jardines amenísimos; cuanto podía apetecer un árabe opulento y sibarita.

Mohamed era fiel observante de su religión mahometana. Hacía por mañana y tarde sus abluciones, no comía carne de puerco, no bebía vino, ayunaba en la época del Ramadán y daba limosnas; pero era muy orgulloso y miraba, como suele decirse, por encima del hombro á los que no tenían su posición. El no necesitaba de nadie; ¡tenía la riqueza que todo lo puede! Tal era su modo de pensar.

Una vez decidió ir á la Meca, que como sabéis, es la ciudad santa de los musulmanes. Situada en la Arabia, cerca de

las costas del mar Rojo, en ella fundó Mahoma, 622 años después de Jesucristo, el Islamismo.

Hizo Mohamed sus preparativos con gran pompa y partió con una gran caravana de camellos, cabras y corderos. Al entrar la luna en el cuarto creciente púsose en camino, y los primeros días de su viaje los pasó admirablemente. Caminaba al amanecer, y apenas comenzaba á apretar el calor hacía un alto cerca de alguna cisterna, á la sombra de las palmeras. Por las noches acampaban bajo las tiendas.

Pero hacia los nueve días de marcha, y cuando caminaban ya por el desierto, se presentó el *simoun*, ese terrible viento abrasador que levanta torbellinos de arena que sepultan las caravanas. Las fatigas fueron grandes; el agua se fué acabando; el último pozo que encontraron estaba cegado, y para el más inmediato faltaban dos días de marcha.

El sol abrasaba; la vista no descubría en aquella inmensa planicie del desierto ni un árbol ni una mata. Los animales marchaban con gran trabajo y algunos de ellos caían para no volver á levantarse.

Mohamed era el que más sufría de todos porque era el menos acostumbrado á las privaciones. No se apartaban de su memoria la frescura de las estancias de su palacio, y, sobre todo, aquellas fuentes de cuyas pilas fluía sin cesar el agua



crystalina por las cauces de alabastro que cruzaban sus habitaciones. Hubiera dado la mitad de sus riquezas por un cántaro de aquella agua fresca y cristalina, que en su palacio se desperdiciaba.

Todo un día había transcurrido sin que pudieran probarla sus abrasados labios. Mohamed se entregaba á la desesperación, cuando una tarde divisó en el suelo una ánfora. Su corazón latió con fuerza. Sin duda, alguna caravana que acababa de pasar había perdido aquella vasija, que era para él la felicidad en aquellos momentos.

Se acercó temblando de emoción, la agitó para cerciorarse de que no estaba vacía, y al escuchar un ruido en su interior la acercó á sus fauces.

¡Terrible desencanto! ¡El ánfora, en vez de agua, contenía perlas!

Mohamed arrojó con ira aquel tesoro.

¡Qué sarcasmo! De qué le servía entonces aquel tesoro que no podía aplacar su sed.

Entonces aprendió Mohamed, con honda pena, que el valor de las riquezas es puramente relativo. ¿Qué valían en realidad todas aquellas perlas para un hombre que en el desierto se moría de sed?

Cuando al día siguiente encontraron una cisterna, Mohamed dió gracias al cielo, y curado de su vanidad, ofreció dar á los necesitados el valor de aquellas perlas, en recuerdo de su pasada angustia.

L. R.



LA MASCARADA DE LOS BICHOS

(Conclusión.)

Las larvas de las frigáneas, insectos que habitan en los estanques, se fabrican una á manera de vivienda, con los restos de plantas, de conchillas y de minúsculas piedras, nido donde penetran á la menor alarma. Cada individuo de esta familia tiene sus materiales predilectos para la construcción de su caperuza, bien restos vegetales, conchas ó piedras, los cuales coloca también según su gusto especial.

Ahora bien: del mismo modo que los humanos usan de colores distintos para teñirse la tez, así hay animales que también se pintan, como ocurre con el pulpo. En estado de reposo ofrece un color amarillo-pálido, muy semejante al de la arena; pero este tinte no es fijo. Allá donde se traslada, allá se apropia el color dominante en el medio que habita. A esta preciosa cualidad de poder disfrazarse para pasar desapercibido, une la de poder enturbiar el agua en caso de ataque.

Estos cambios de color los lleva á cabo por medio de unas especiales celdillas, y el enturbiamiento de las aguas lo produce una glándula, que segrega un licor negruzco como la tinta. Es decir, que no necesita hacer gasto ninguno, y que él mismo, como todos los animales, provee á sus disfraces.

Se dirá que estos cambios de color son inconscientes; sin embargo, según un notable fisiólogo, hay animales en que estos cambios tienen algo de consciencia. Estos animales son los rodaballos. Hay en ellos cierta influencia de los nervios cerebrales, hasta el punto de haberse hecho experiencias con un rodaballo, á quien se dejó ciego y cuyo color no cambió cualquiera que fuere el medio á que se le sujetase en el acuario. Además, como los nervios tienen en los peces planos una distribución extremadamente regular, se puede, seccionando dos ó tres de sus espinas por la mitad del cuerpo, dibujar en la piel una tira transversal, correspondiente al trayecto de esos nervios, y el animal toma entonces un disfraz del más caprichoso efecto.

Sigamos en la escala ascendente de la perfección animal, y nos encontraremos con el más conocido de estos aficionados al disfraz: el camaleón. Sus cambios han pasado á ser proverbio. En general, toma un tinte claro en la obscuridad, y un matiz más oscuro en la claridad. Estos cambios se deben á la influencia de la luz sobre las dos capas de celdillas cromatóforas que forman su piel.

Algunos animales cambian de color, bien para encantar á sus adorados tormentos, bien para espantar á sus enemigos. Los espinolas ofrecen ejemplos muy característicos de esto. La cólera transforma el verde plateado de su cuerpo



en matices más vivos: el vientre y la mandíbula inferior llegan al rojo vivo; el dorso pasa del amarillo rojizo al verde claro, y el ojo reluce como una esmeralda. Si en una lucha amorosa su adversario le ha vencido, palidece, mientras el venturoso enemigo troca su color gris por otro más arrogante, más vistoso.

Los sentimientos de este animal pueden conocerse por su tinte. En la época en que el macho construye su nido, vístese de sus mejores matices para agradar á su amada. El verde reluce sobre su dorso, el rojo vivo cubre su abdomen. Nótese él mismo radiante de belleza.

En fin, hay animales que cambian su traje en ciertas épocas para adaptarse mejor al color del ambiente, como ocurre con el langópedo, pájaro habitante de las nieves perpetuas, que es oscuro en verano y blanquísimo en invierno, hasta el punto de confundirse con la nieve. Lo mismo hacen los osos blancos, la liebre polar y otros mamíferos de los países boreales. Otros conservan durante toda su vida un tinte igual al del ambiente en que viven, como sucede á las fieras del desierto, que generalmente ofrecen una coloración amarillenta semejante á la de los arenales que habitan.

Ahora, queridos jovencuelos, ¿qué Carnaval os gusta más, ese de la calle, estruendoso, alegre, sin finalidad ninguna, ó este otro que lleva impreso el destino de cada ser, puesto en práctica para mejor sobrellevarle?

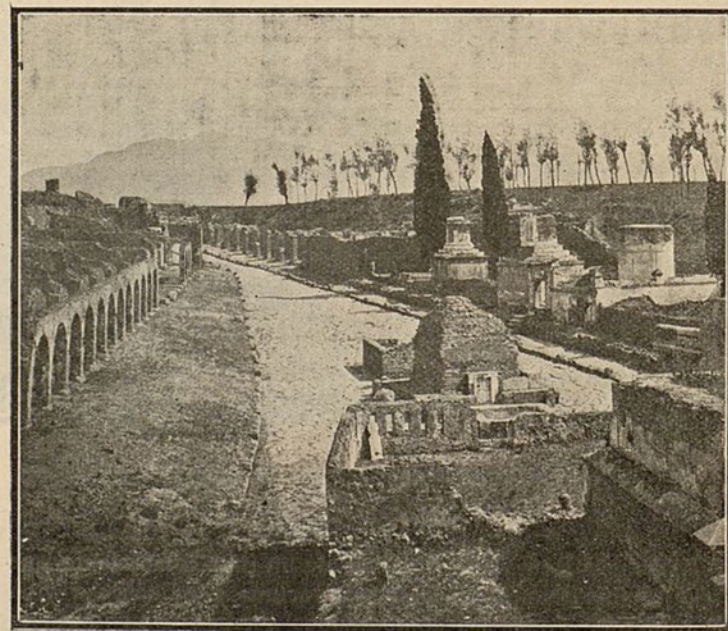
El de la calle, ¿no es verdad? ¡Tiempo tendréis de hartaros de el Carnaval! ¡Bendita la juventud!

Luis BESSÉS



POMPEYA

A doce millas de Nápoles, y al pie del Vesubio, existía la ciudad romana Pompeya, situada en el fondo de un valle pintoresco. Su población era de 30.000 almas, y su gran cele-



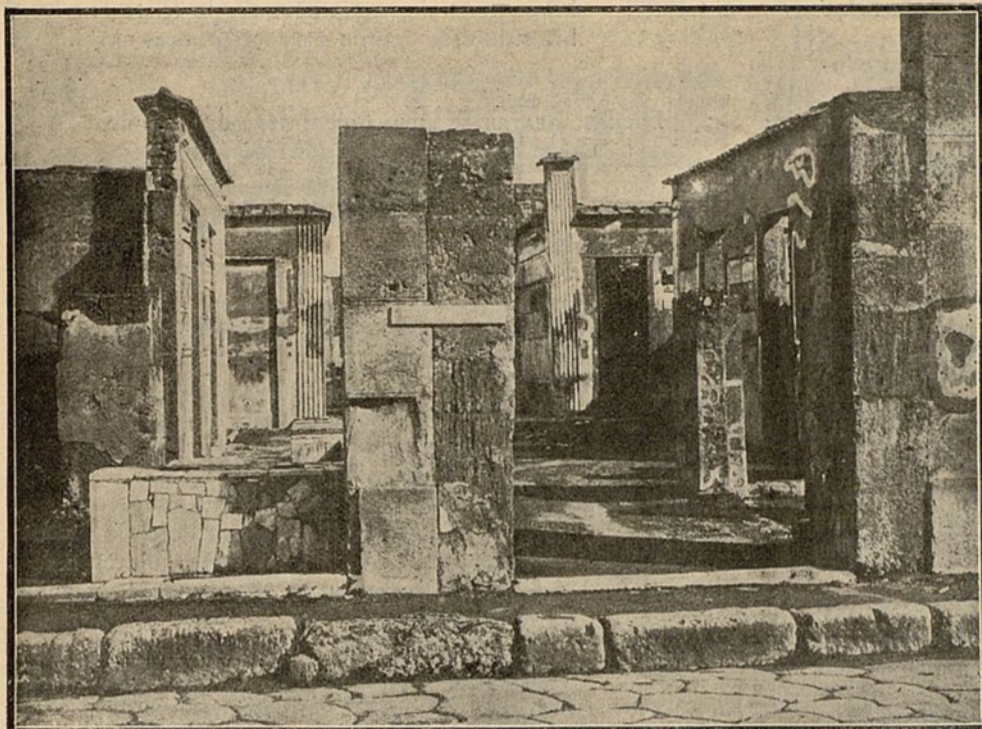
CALLE DE LOS SEPULCROS

bridad la debe á la inmensa catástrofe que la enterró en la lava del volcán en el año 79 de nuestra Era.

Sería la una de la tarde del 23 de Noviembre, cuando desde Mesina, donde se hallaba la escuadra romana, vieron aparecer una nube extraña, blanca unas veces y otras cenicienta y de colores, que, en forma de pino gigantesco, se elevaba y se desparramaba después. No tardaron en caer cenizas sobre los buques, y se vieron también saltar piedras calcinadas. A la noche se notaron llamaradas en varios puntos del monte Vesubio.

Pompeya, en aquella formidable erupción, había quedado sepultada bajo una capa de lava de 15 á 20 metros de espesor.

De tan terrible catástrofe dan testimonio los arruinados



CASA DE SALUSTIO

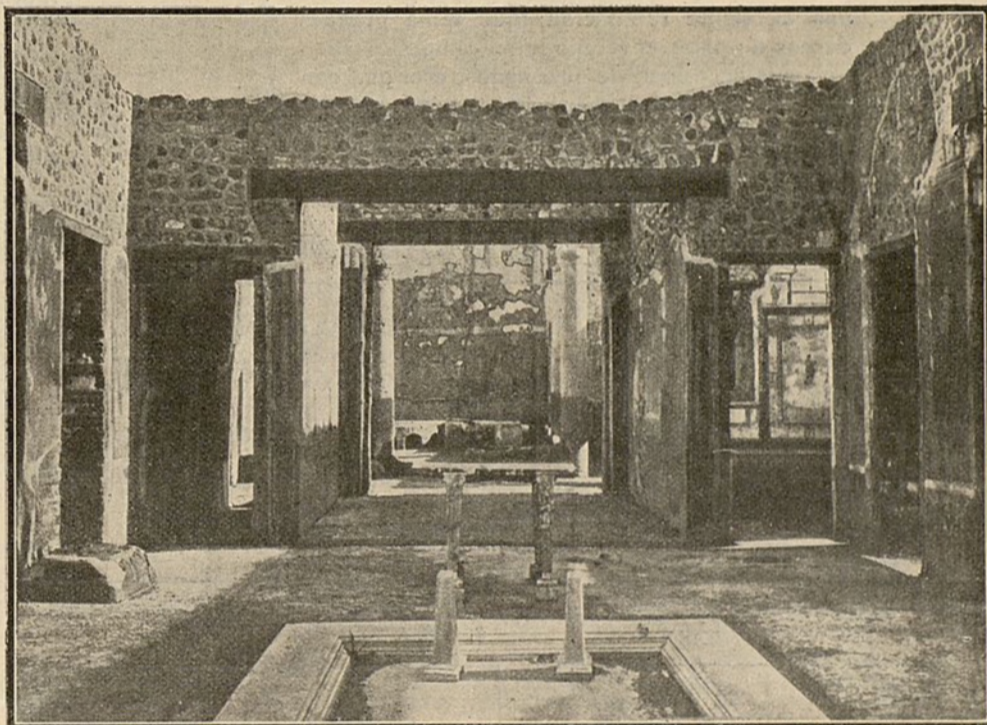
arte, se han encontrado en las excavaciones, y no es necesario encarecer la importancia que para la arqueología han tenido tantos y tan interesantes descubrimientos.

En la actualidad van descubiertas unas dos terceras partes. Las calles son pequeñas: las más anchas tienen siete metros, y las hay que no tienen, entre sus casas, con aceras y todo, más de dos metros y medio.

El arroyo está empedrado con trozos de lava, y de trecho en trecho unas piedras más altas forman una *pasadera* para cruzar la calle en los días de lluvia. Se han encontrado vestigios de muchas tiendas, provistas de un amplio mostrador que solamente dejaba á derecha é izquierda un estrecho paso. En muchas calles hay fuentes con tubería de plomo.

Entre los sitios y edificios más notables, son dignos de especial mención: la calle de las Tumbas, el Foro, las Termas, el templo de Júpiter, el de la Fortuna, los teatros y las casas particulares de Pansa, de Salustio, del Poeta Trágico, de Cornelio Rufo, de Próculo, de Lucrecio, etc.

A. P. M.



CASA DE PANSA

muros y los cadáveres de los que no pudieron ponerse en salvo.

Muchos de éstos tenían en la mano joyas ó monedas, que intentaban sin duda salvar; otros revelan en sus actitudes las convulsiones de su agonía; un centinela murió en pie, sin soltar la lanza de la mano, y todo hace suponer que la rapidéz de la catástrofe sorprendió en su vida ordinaria á los habitantes de Pompeya.

Aunque el emperador Tito tuvo el proyecto de descombrar y restaurar la ciudad enterrada, la resurrección de Pompeya no pasó por entonces de proyecto, y continuó sepultada en las cenizas del Vesubio durante dieciocho siglos.

En 1748, reinando en Nápoles Carlos III, comenzaron las excavaciones, y desde entonces Pompeya ha sido para la ciencia más célebre é interesante que en las épocas de su mayor esplendor.

El trazado de la ciudad, la distribución de sus casas, datos para apreciar sus usos y costumbres, objetos domésticos, industriales y una gran cantidad de obras de

EL TEATRO DE LOS NIÑOS

LA MAÑA Y LA FUERZA

COMEDIA EN DOS ACTOS

ESCRITA POR LA CONDESA DE SEGUR

(Continuación.)

ESCENA VI

DICHAS, y la SEÑORA DE ARTAL.

SRA. DE ARTAL. Aquí me tiene usted, mi querida prima, dispuesta á oírla. No espero oír más que quejas, pues he encontrado á mis hijas muy cambiadas de lo que ellas eran. Han perdido la docilidad, que siempre tenían; la amabilidad, la complacencia, y sobre todo, la buena armonía. Ellas, que siempre estaban acordes en todo, ahora disputan por cualquier cosa; ellas, que me obedecían á la menor indicación, ahora discuten mis órdenes; en fin, las encuentro otras enteramente de lo que eran.

DOÑA SEVERA. Prima mía, lo que acabáis de observar ha sido el fundamento de mis más severas reprensiones. Yo quería que hubieseis encontrado vuestras hijas dóciles como máquinas, tranquilas y en calma como una balsa de aceite, mudas como estatuas de piedra y con tan nobles maneras como una dama de la corte del gran rey Luis XIV. He hecho todo cuanto he podido para conseguirlo; pero me ha faltado algo más de tiempo y una autoridad más absoluta; he empleado inútilmente las reconvenciones severas, las privaciones, los castigos corporales; mas todo esto lo desvirtuaba la idea de que había de durar poco.

SRA. DE ARTAL. De todos modos sigue sorprendiéndome, porque veo que mis pobres niñas han estado martirizadas sin fruto, pues no ha podido usted tener la satisfacción de ver su obra coronada. Pero, en fin, de todas maneras, yo la estoy á usted agradecida en extremo por sus buenos



Gente Menuda

deseos, y la suplico perdone á esas pobres niñas las faltas que hayan podido cometer.

DOÑA SEVERA. ¡Ah! yo continuaré con mucho gusto esta educación apenas comenzada.

SRA. DE ARTAL. Mil gracias, mi querida prima; la educación de mis hijas es en mí un deber que no puedo ceder á nadie, y en lo sucesivo me ocuparé en ello yo misma.

DOÑA SEVERA. (*Saludando con desdén.*) Como queráis, prima mía; no creáis que yo pretendo mezclar mis ideas con las vuestras; son tan incompatibles como el bien y el mal.

(*La señora de Artal la saluda también, y Doña Severa sale.*)

ESCENA VII

SEÑORA DE ARTAL y DOÑA AMALIA.

SRA. DE ARTAL. Querida Amalia, veo que mis hijas han debido vivir mártires con esta anciana y rigorosa prima mía. ¿Por qué no me ha dicho usted, ó ellas por qué no me lo han escrito?

DOÑA AMALIA. Señora, como vi que doña Severa había recibido de usted toda la autoridad sobre Beatriz y Luisa, creí que conocería usted ya su sistema de educación, y que lo aprobaría.

SRA. DE ARTAL. No lo crea usted; yo no había tratado á doña Severa más que en visita, sabía que gozaba de una excelente reputación; que tenía grandes deseos de pasar el verano en el campo, y como yo tenía necesidad de ir á baños, creí que con esto haría á usted un servicio, aliviándola de la pesada carga que voluntariamente llevaba, y no tuve inconveniente en poner en sus manos mis

hijas; pero ahora me hace ver lo triste que habrá sido este tiempo para mis pobres niñas.

ESCENA VIII

DICHAS, BEATRIZ y LUISA (que entran disputando sin ver á su mamá ni á doña Amalia).

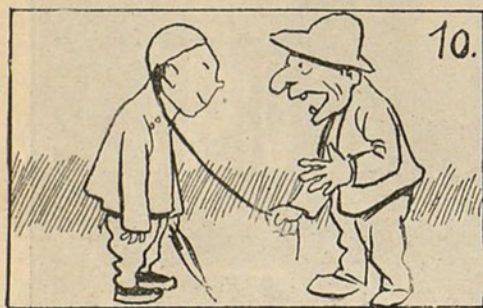
LUISA. Te digo que se lo diré á mamá.
BEATRIZ. Y yo no te dejaré que se lo digas.
LUISA. No te escucharé...
BEATRIZ. Pues si no me escuchas, yo diré á mamá que tú has obligado á Cándido á robar.
LUISA. Como lo digas, yo diré que tú has cogido uvas del invernadero.
BEATRIZ. Yo diré que eres una embustera.
LUISA. Y yo que eres una ladrona.
BEATRIZ. ¡Calla, embustera!
LUISA. ¡Cállate tú, ladrona!
SRA. DE ARTAL. ¿Qué palabras son esas que acabo de oír, señoritas? No me extraña ya que doña Severa os encuentre de tan mal tono. ¿Me quieren ustedes decir á qué viene el tratarse de esa manera tan grosera?
LUISA. Es que Beatriz quiere que siempre me deje castigar, y yo no quiero que me ponga la máquina.
BEATRIZ. Y yo no quiero que cada cinco minutos me pegue y me haga poner de rodillas á pedirle perdón, y después, cuando lo hago, me da un premio, y por eso quiero decir á mamá que tú has cogido...

(Se continuará.)

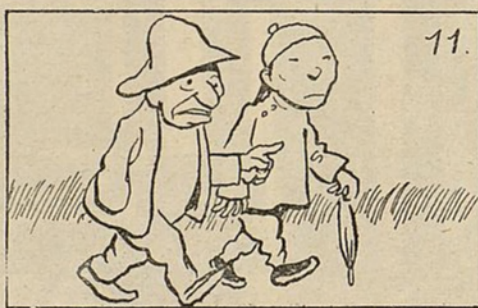
SOLUCIÓN Á LA CHARADA DEL NÚM. 34 DE «GENTE MENUDA»

CA MI NO

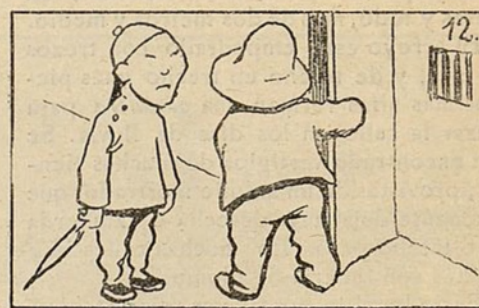
AVENTURAS DE FU-SANG (Continuación.)



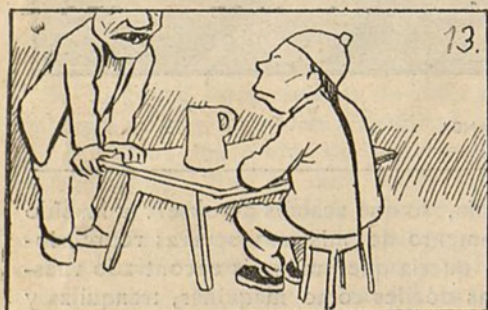
—¿Qué ibas á hacer, desgraciado?—le preguntó un hombre sin soltarle la coleta.



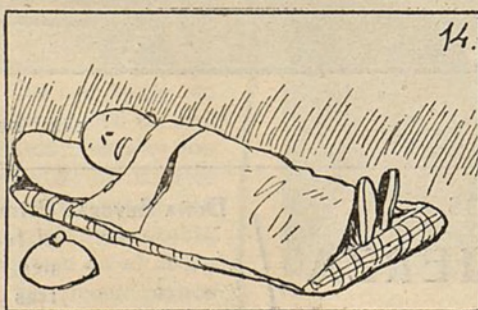
El salvador de Fu-Sang le invitó á seguirle á su casa.



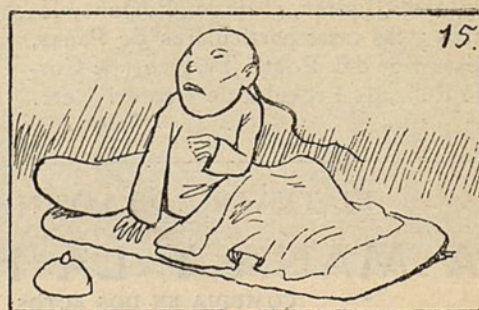
Al llegar, le franqueó la entrada con gran cariño.



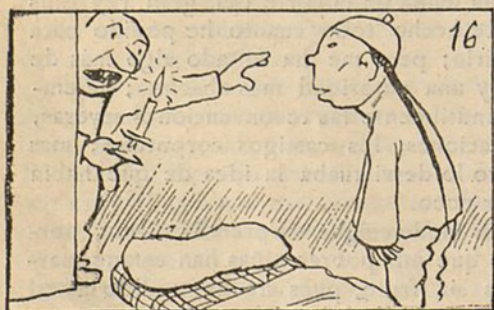
Dióle un frugal refrigerio y le hizo referir su historia.



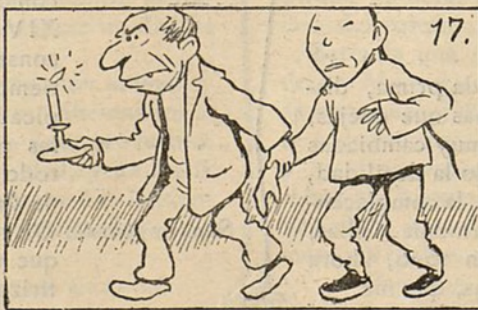
Además de sustento, le proporcionó lecho en que reposar.



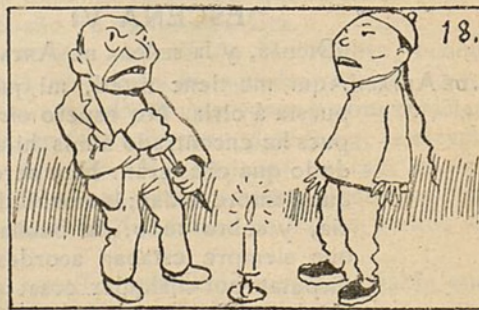
Peró el sueño de Fu-Sang se interrumpió al oír unos golpes formidables.



Aquel hombre penetró en su cuarto con el rostro lívido.



Y sin decirle una palabra, le cogió por una mano y le obligó á seguirle.



De pronto, mirándole fijamente, desenvainó un puñal. (Continuárá.)